**¿ES EL TRANSHUMANISMO UN ANTIHUMANISMO?**

Pseudónimo: Calcifer

Para comenzar con la disertación quiero introducir y definir cuáles son los propósitos del transhumanismo. Es un movimiento intelectual, ideológico, filosófico, científico y cultural cuya propuesta es utilizar la tecnología y los conocimientos en biología e ingeniería genética para potenciar las capacidades humanas, llevando a cabo una mejora física, cognitiva, emocional y moral y permitiendo al ser humano superar su naturaleza y limitaciones para llegar al estado del posthumano.

Si bien estos pensamientos han sido a lo largo de la historia marginales y sectarios, o solo han existido como tema ficticio e imaginario para las manifestaciones artísticas y culturales, como el folclore, películas, distopías, cyberpunk, obras literarias, etc. el enorme avance de la ciencia y la tecnología en la edición del genoma humano y la inteligencia artificial ha permitido a este movimiento plantear atractivas promesas como la medicina mejorativa, la súper longevidad, súper inteligencia, súper bienestar o incluso la inmortalidad y singularidad, que le han dotado en los últimos años de una gran relevancia e interés en el debate filosófico y científico y en el conjunto de la sociedad.

Sin embargo, al reflexionar sobre la tecnología en el presente, cuando nos encontramos al comienzo de la Cuarta Revolución Industrial, resulta inevitable que nos surjan dudas, planteamientos y problemas de tipo ético, ontológico, antropológico, epistemológico, etc. De esta manera surge la pregunta en la que se basa esta disertación: *“¿Es el transhumanismo un antihumanismo?”*.

Desde mi punto de vista, el transhumanismo debe estar bajo observación, regulación y debate constante, pues debemos asegurarnos de que la implantación de estas supuestas mejores se basen en una interpretación correcta, para que beneficien la vida humana y no en una interpretación incorrecta, que plantee más exigencias, deformaciones y servidumbres que servicios a la especie. De esta manera, se devastaría la esencia humana, no haciéndola posthumana, sino antihumana. Tal y como defendía Heiddegger, “Podemos dar el sí a la ineludible utilización de los objetos técnicos y podemos a la vez decir no en cuanto les prohibimos que exclusivamente nos planteen exigencias, nos deformen, nos confundan, y por último, nos devasten” (*Gelassenheit*, 1955).

En primer lugar, tal y como sostienen teóricos como Donna Haraway (El Manifiesto Cyborg, 1985) o Rosi Braidotti (Lo Posthumano, 2013), ya somos seres transhumanos en cierto sentido. Toda la población consume medicamentos que nos potencian física, cognitiva, emocional y moralmente, y muchas personas poseen implantes o partes del cuerpo sintéticas para mejorar una condición de enfermedad, lo cual consideramos positivo ya que mejora nuestra salud, memoria, humor y rendimiento. Esto es básicamente crear seres humanos biomejorados y, por lo tanto, transhumanos. Mucha gente opina que en esto no se basa el transhumanismo, pues no se ajusta al sentido que quieren darle a este término (el convertirnos en cyborgs asexuados, volcando nuestra mente en máquinas). Sin embargo, ¿no es, al fin y al cabo, una transformación que hace uso de la ciencia y la tecnología que nos acerca a una condición de posthumanos?

No obstante, para saber de qué trata el transhumanismo, o si algún día podremos llegar a ser posthumanos, o dejar de ser humanos para devenir en otra especie antihumana, debemos redescubrir el sentido de la existencia humana, la génesis del ser humano y las implicaciones que tiene pertenecer a esta especie, independientemente de las mejoras o capacidades trascendentales que se posean los posthumanos. El gran estudioso de la ideología transhumanista Albert Cortina afirma en la entrevista realizada por Guillermo Altarriba en 2017: “Ante la ideología del transhumanismo, tenemos que redescubrir al ser humano”. Esta propuesta se trata de una visión crítica que se aleja de la ideología pura del transhumanismo, dando prioridad al humanismo, sin que por ello se deseche la posibilidad de que tanto la biotecnología como la humanidad lideren el progreso científico y tecnológico, así como el desarrollo humano integral, priorizando el bienestar de la especie humana mediante una interpretación correcta.

Insisto de nuevo en la necesidad de llegar a una interpretación correcta, que haga de la existencia humana aún más humana. Las consecuencias de que se diera una interpretación incorrecta podrían ser catastróficas, llegando a resultados perjudiciales en nuestra especie y en los más necesitados, provocando desigualdad y marginación, o incluso a la destrucción de la propia especie humana. En esto reside la importancia de la filosofía y la educación como herramientas fundamentales para aclarar todas las posibles consecuencias y dilemas que surgen de la implantación del transhumanismo de una u otra manera y para formar a los ciudadanos en virtudes necesarias en la sociedad para esta fase artificial en la evolución humana. Si no centramos en esto el debate, podría llegarse a la implantación equivocada de técnicas de la ingeniería genética como la eugenesia practicada contra las personas discapacitadas en el periodo de la Alemania nazi, conocida como el programa Aktion T4, una muestra más del antihumanismo.

La ciencia y la tecnología, en última instancia, están muy vinculadas a la política y a intereses individuales en estos tiempos en los que la economía globalizada les ha concedido el poder para convertirse en un motor de generación de riqueza. Un libro muy interesante al respecto es The Enemy, de Desmond Bagley, publicado en 1977, que trata sobre esta relación, a veces simbiótica y en ocasiones parasitaria, de la ciencia y la tecnología sobre la política. Si la filosofía, que emana del conocimiento e inquietudes de la población, deja de lado este debate y permite interpretaciones erróneas e intereses de grandes beneficios por parte de los gobiernos y grandes corporaciones, el transhumanismo podría llegar a ser el movimiento más antihumano conocido en nuestra historia. Todo esto se puede observar en la película distópica, aunque no menos realista, *No mires arriba*, de Adam McKay en 2021.

En muchas ocasiones, como ya he expresado, el transhumanismo puede llegar a ser una muestra de los intereses y ansias de perfección que tenemos todos los seres humanos. Eliminar el envejecimiento para ser jóvenes, atractivos y vivir muchos años y acabar con el sufrimiento o incluso la condición mortal. Todas estas características son inherentes a la vida humana tal y como la conocemos, pero el transhumanismo busca “quedarnos con lo que nos interesa de la vida humana” (Transhumanismo: ¿Problema o solución?, Thelma Peón, 2019). Esto puede llegar a pecar de ser antihumanista, al igual que es antideportivo que un deportista utilice en una competición sustancias para doparse y tener un mejor rendimiento. ¿Dónde queda el esfuerzo, el trabajo duro, la disciplina, el talento natural y el desarrollo de las virtudes? ¿Qué mérito tiene conseguir así un objetivo si se desprecia el proceso y el trabajo, que son lo propio del ser humano?

En último lugar, creo que algo esencial para definirnos como humanos es nuestra libertad e identidad. Este dilema surge de la evolución de la inteligencia artificial y lo que se conoce como “metaverso”, lo cual parece provenir de la ciencia ficción pero es una realidad que en poco tiempo podremos contemplar de la mano de Meta (antiguamente Facebook) y su polémico director Mark Zuckerberg. Si las personas estuvieran indefinidamente en un metaverso, podrían perder su identidad y olvidar quienes son fuera de él. Además, ¿cómo podríamos considerarnos libres si estamos totalmente sujetos a un servidor que está en manos de autoridades que podrían desconectarnos en cualquier momento para siempre? ¿Cómo podríamos considerarnos humanos si hemos perdido nuestra identidad y nuestra libertad? Seríamos como animales en un ganado o seres en una Matrix, sometidos al control y a la servidumbre.

Teniendo en cuenta todas las razones expuestas, llego a la conclusión de que el transhumanismo ya está entre nosotros y, por ello, es necesario plantearnos cuestiones como la principal de esta disertación. La reflexión sobre el ser humano para redefinir lo que consideramos como humanidad es primordial y en ello también reside el imprescindible papel que juegan la filosofía y la educación en este ámbito, que no deben abandonar este debate para evitar una implantación incorrecta y sus consecuentes perjuicios en la especie humana y el mal aprovechamiento de estas tecnologías por parte de las corporaciones y los gobiernos. En todo caso, la filosofía debe defender a los ciudadanos reflexionando sobre todas estas preguntas y problemas ya que, si no interviene, puede ser demasiado tarde.

Para terminar, y tomando en consideración lo anteriormente expuesto, el transhumanismo no tiene por qué ser antihumano, entendido desde una perspectiva positiva y correcta que realmente busque una mejora evidente y rápida de nuestras capacidades cognitivas, emocionales y físicas para alcanzar un perfeccionamiento beneficioso para toda la humanidad. No obstante, debe llevarse a cabo con mucho cuidado y supervisión, ya que con una interpretación incorrecta podrían generarse consecuencias desastrosas en la especie humana, desperdiciando todo el potencial que tiene para hacer bien y convirtiéndose en un antihumanismo. Tal y como dijo Erich Fromm, “el peligro del pasado era que los hombres fueran esclavos. Pero el peligro del futuro es que los hombres se conviertan en robots” (The Sane Society, 1955).